

los nuevos éxitos

DURANTE años, se ha esgrimido como una ley inevitable. El público sólo iba al teatro para "evadirse", para distraerse. La idea de un teatro problemático, o aún de un teatro culto, correspondía a las minorías, a los grupos de cámara, a los universitarios, a los raros, a las élites. El público general, el que sostiene un negocio teatral, estaba por las comedias amables y fáciles, por los verdos tolerados por nuestra censura, por el teatro policíaco, o, a lo más, por cierta crítica chistosa.

Lo mismo, claro está, ocurría en el cine. La relación entre la sociedad española y sus "artistas", entre los hipotéticos espectadores y los escritores y empresarios (o realizadores y productores), se establecía sobre la base de una alienación general. Nadie sabía nada de nada; a nadie le interesaba nada de nada; se buscaba y magnificaba el "ingenio" como suprema virtud tolerable. El año pasado, un empresario teatral madrileño invitado al Festival de San Sebastián, aún repelía en cada entrevista que "el triunfo del teatro de evasión era indiscutible".

He aquí, sin embargo, que las cosas han ido cambiando. La que primero fue excepcional ha ido convirtiéndose en norma. Las oscuras explicaciones que un día escuchamos en torno al éxito de ciertas películas o ciertas obras de teatro de carácter problemático, o, simplemente, de calidad artística, han perdido su sentido a fuerza de repetirse la excepción. En cine, ahí está el éxito y el creciente número de las Salas de Arte y Ensayo, la proliferación de cine-clubs y aún los éxitos de una serie de grandes películas exhibidas en régimen normal. En teatro, un hecho que debe dejar tiritadas a cuantas callificaban de sospechosas y extraña la atención a cualquier obra que no se moviera dentro de los cauces archiconvencionales y archisabidos de siempre. ¡Señor, una obra que ni es española, ni trata de los problemas de un matrimonio, ni acaba bien, ni es graciosa, ni es picante... y tiene éxito! ¡Esto es el desiderátum! ¡Cuidado con los "intelectuales"!

En esta misma columna hemos hablado de los alentadores éxitos de "Madre Coraje", del programa Valle del María Guerrero, de "La persona buena de Senjan" y de "La Celestina". En alguna ocasión, contra los juicios generales de la crítica, de las empresas, y de algún anciano espectador que dormitaba en la primera fila. ¡Esto es un tostón! Y luego, inexplicablemente, aparecían centenares, millares de personas dispuestas a pagar por ver el tostón y, encima, a aplaudirlo. Personas —y ésta es la clave del secreto— en su mayor parte jóvenes, situadas en un nuevo ámbito vital y cultural.

Poco a poco, se había subvertido la norma de tantos años. El término "cultural", en lugar de producir la desbandada, convocaba a mucha gente, siempre, clara, que la cosa no quedase en locución profesoral. La gran revolución psicológica estaba en marcha: nuestro público era como un avestruz que iba sacando la cabeza de debajo del ala. La oscura necesidad de "no ver" iba siendo sustituida por una voluntad de "ver", de ver películas, de ver obras teatrales, de ver libros, de ver países, de ver gentes, que antes, por una serie de argumentos históricos subjetivados, "no existían" porque "estaban prohibidos".

Sería ingenuo aceptar el enorme éxito de Pirandello y Molière en los Teatros Nacionales María Guerrero y Español, o el de Sartre, en el Poliorama de Barcelona, a partir de una educación puramente teatral. El fenómeno hay que situarlo en un ámbito más amplio. El teatro no dispone de medios suficientes como para haber creado una atención masiva hacia él. Los estímulos están en otro lado, aunque alcanzan también al teatro. Hay que hablar de una constante evolución del país, de una lenta pero real apertura de mentalidades, de un desgaste del conservadurismo férreo, de la paulatina creación de nuevos equilibrios y tensiones, de la renovación progresiva de los hipotéticos espectadores, casi treinta años después de una guerra civil. Es lógico que, en la medida en que el recuerdo de aquella vaya objetivándose, la mentalidad española tienda a reproducir panoramas afines, demandas semejantes, problemas análogos, a los que tipifican a otras sociedades occidentales. El creciente interés por un cine y un teatro de valor cultural y representación problemática, se inserta en este movimiento general, en esta progresiva autoliberalización psicológica.

El fenómeno es susceptible de diversas interpretaciones políticas. También cabe analizarlo a diversos niveles y en función de diversos plazos y perspectivas. Yo entiendo que éstas son cuestiones secundarias o ulteriores respecto de otra fundamental y primaria: la creación de una sociedad sensibilizada y despierta, y, por lo tanto, y en el terreno concreto que nos ocupa, de un público vivo y exigente.

Aunque en este terreno de la renovación y subida de los niveles intelectuales de nuestros espectadores, siempre andará por medio el problema económico: el de las cien pesetas butaca y el salario mínimo, el de los precios de las localidades de las Cines de Arte y Ensayo y la subsiguiente extracción social de sus espectadores. Problemas éstos que no pueden resolverse en el marco específico del cine y el teatro sino dentro del cuadro de una política general.

J. M.



4711 Gift Set

4711 TOSCA
Colonia Perfumada4711 genuina
Agua de Colonia

colonia fresca y vivificante
exquisito regalo que en todo el mundo
comparten hombres y mujeres

Concesionario: A. Puig, S. A. - Barcelona